

Los intelectuales colombianos y el dilema de la construcción de la identidad nacional (1850-1930)

Carlos Andrés Charry J.

‘Toda la vida social es la ecología de los cuerpos humanos, que se reúnen y se apartan del paisaje’
Randall Collins, *Sociología de las filosofías*

Resumen: El siguiente artículo explora y analiza los diferentes modos de aproximación discursiva producidos por los principales representantes de la intelectualidad colombiana en relación al tema del pueblo y la nación, entre mediados del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Para tal fin se hace un recorrido analítico desde las expresiones de personajes como Miguel María Samper y Miguel Antonio Caro, hasta llegar a evaluar con mayor detenimiento los orígenes y repercusiones del discurso eugenésico, representado por intelectuales tales como Miguel Jiménez López y Luis López de Mesa en la década de 1920. *Palabras clave:* Colombia, identidad nacional, intelectuales, discurso, sociología.

La conformación de las nuevas naciones latinoamericanas no significó el inicio de una nueva forma de relacionamiento social. De hecho, muchas de las tradiciones intelectuales y políticas que emergieron a lo largo del siglo XIX fueron herederas de las formas de organización social y cultural dejadas por el dominio colonial, una forma de organización marcada por la exclusión racial y el ordenamiento jerárquico de las divisiones sociales (Moore 1985, Lynch 1987, Bonilla 2001). En medio de tal dilema emergió un concepto revolucionario a través del cual las sociedades del nuevo mundo irían dando forma a sus sistemas políticos, esta idea fue la de *nación* (Anderson 1997, Annino 2003).

No obstante, como lo ha indicado algunas investigaciones (Uribe 2000, Guerra 2003a), la construcción de espacios de sociabilidad pública en América Latina ha sido una tarea inconclusa y poco homogénea, puesto que la creación de esferas de opinión sobre los asuntos públicos fue una materia que quedó circunscrita a los ámbitos de la sociedad letrada y burguesa de los *criollos*, la cual mantenía un fuerte vínculo cultural con la intelectualidad europea, dejando de lado otras formas de sociabilidad, propias de las esferas sociales no letradas. Por tal razón, es útil reconocer que la ruptura con las formas de sujeción imperial no implicó que las élites intelectuales y políticas latinoamericanas volvieran su mirada sobre los referentes culturales pre-colombinos, como fundamento para la creación de nuevo orden social (Cancino 2004). Por el contrario, la idea de nación, así como el nuevo orden social derivado de ella: el Estado-nacional – con las instituciones jurídicas y educativas que lo sostenían –, se fueron imaginando a partir de los paradigmas y presupuestos impuestos por el modelo de Modernidad vivido por las sociedades europeas (Castro-Klarén y Chasteen 2003).

De esta manera, este ensayo centra su interés en mostrar una parte de las múltiples y complejas facetas que tuvo el proceso de figuración de la identidad nacional en Colombia, tomando como referente el periodo que va de mediados del siglo XIX a las primeras décadas del siglo XX. Como se mostrará a continuación, este

periodo fue determinante en la definición de las ideas y valores que nutrirían la imagen que la intelectualidad colombiana tendría sobre la *nación*, razón por la cual se hace indispensable su estudio y comprensión.

Para tal fin, en este artículo se hace alusión a algunos de los principales hitos que marcaron a este periodo de la historia colombiana, expresando un especial interés por las implicaciones y consecuencias del discurso eugenésico, liderado por figuras como Miguel Jiménez López y Luis López de Mesa en la década de 1920.

El dilema de la *identidad nacional* en América Latina: el caso colombiano.

El proceso de formación de la identidad nacional en los países latinoamericanos estuvo marcado por un severo dualismo en el ambiente intelectual y político, puesto que las élites adscritas al proyecto de modernidad, pretendieron hacer de sus respectivas naciones sociedades en las que los preceptos de la *Ilustración* y del *Progreso* adquirieran allí su mayor eficacia y resplandor. Empero, las divisiones regionales, socioeconómicas y étnicas se constituyeron como un obstáculo insalvable que impidió el desarrollo de tal proyecto, que pretendió imitar el modelo de un *pueblo una nación* (Anderson 1997). De hecho, las elites políticas latinoamericanas forjaron una idea de nación y de ciudadano que prescindió de los grupos sociales subalternos (indígenas, negros, mestizos, los iletrados, el *pueblo* en general), grupos sociales que tendrían que ser incorporados a los principios de la *civilización moderna* (Guerra 2003b, Annino 2003).

Es así como se pueden identificar tres etapas o momentos específicos a partir de los cuales se fue construyendo el modelo de identidad nacional en esta región. El primero de ellos fue la apelación a la *patria común* como elemento de identificación colectiva que planteó una diferenciación radical entre americanos y europeos. Acá las elites político-intelectuales de principios del siglo XIX se sirvieron de la noción de *patria* para exponer la necesidad de lograr un dominio autónomo e independiente que permitiera liberar a los pueblos americanos del yugo español. Posteriormente – como segundo momento –, a raíz del triunfo del movimiento independentista, las élites latinoamericanas, que nutrían sus postulados políticos en los preceptos del liberalismo europeo (Altamirano y Myers 2008), consideraron que sería de la mano de las instituciones *legalmente constituidas* y de la educación como se lograría poner en marcha los preceptos de la modernidad, moldeando a través de estas instituciones la figura del nuevo ciudadano (Harwich 2003). No obstante, ahora la identidad era de orden nacional y respondía a las tradiciones configuradas en torno a las unidades político-administrativas que había dejado el dominio español; no se apelaba ya a una identidad amplia y etérea de *América* o de *americanos*, sino que se apeló a una identidad localmente instituida como la de *peruano*, *neogranadino* o *rioplatense*.¹

Con el paso del tiempo la iniciativa de apelar a la idea de *patria* y *nación* como elementos justificativos de la soberanía popular fue perdiendo vigencia, así como las etéreas asociaciones políticas que habían movilizado a indígenas, negros, mulatos y mestizos, grupos socioraciales que habían luchado junto con los blancos criollos para el logro de la independencia. El tercer momento se origina en medio de tal coyuntura, hacia la segunda mitad del siglo XIX. Para aquel entonces ya es posible identificar grandes tendencias diferenciadoras en las formas de interacción socio-

política entre la *élite* y el *pueblo*; ya no era necesario hacer uso del apelativo de la *patria común* ni de los principios de la soberanía popular, a partir de ahora la hegemonía intelectual y política latinoamericana hizo un marcado esfuerzo por demostrar que la mayoría de esos grupos humanos eran la fiel representación de un pasado que se quería dejar definitivamente atrás, pues para éstos el *pueblo* era una amalgama de componentes *bárbaros* e *incivilizados* que debían ser modificados, todo con el propósito superior de asegurar el progreso de la nación (Quijada 2003, 313).

De forma paralela a esta tendencia que podemos llamar *positivista* en la concepción del orden social, apareció una corriente conservadora o tradicionalista que abogaba por la recuperación de los principales elementos civilizatorios dejados por el dominio español en América: el idioma y la religión. No obstante, en el trasfondo de este planteamiento subyacía la defensa de un orden social bucólico en el que se pretendía legitimar el liderazgo caudillista ejercido por la elite blanca criolla, así como la imposición del catolicismo como elemento indispensable para la cohesión de la sociedad y el logro de la anhelada homogenización nacional. Como bien lo anota Cancino, este grupo de elites intelectuales se caracterizaron por un discurso en el que ‘... encontramos una nostalgia por el pasado ibérico, y por la forma de vida aristócrata de la oligarquía y sus valores morales, estéticos y su cultura’ (Cancino 2004, 14).

La conformación de este par de corrientes intelectuales era, en parte, un reflejo del ordenamiento que se estaba viviendo en el plano ideológico, que a lo largo y ancho del subcontinente era testigo del surgimiento de los primeros partidos políticos, los liberales, defensores de las libertades individuales, del laicismo, del libre-cambio y del federalismo, como de los conservadores, los cuales propugnaron por el mantenimiento de las distancias sociales dejadas por el orden social colonial, del catolicismo y del centralismo administrativo del Estado (Lazarte 2008, Góngora 2003).

Colombia no fue ajena a tal conjunto de transformaciones. Desde los primeros años del periodo republicano, marcados por distintos ensayos de orden constitucional, se expresa una tendencia hacia la institucionalización de un modelo republicano y de ciudadanía ideal, en la que se proclama la soberanía popular como elemento estructurante del orden político (Basilien-Gainche 2008), sin embargo, la acepción recurrente al pueblo que emanó de las primeras etapas del derecho constitucional colombiano – inspiradas principalmente en las tendencias contrapuestas del pensamiento de Simón Bolívar y de Francisco de Paula Santander (Safford 2004) – se hace alusión a un pueblo *en abstracto* que homogenizó las profundas y marcadas diferencias sociales, raciales, culturales y económicas que guiaron las relaciones de poder entre los diferentes grupos humanos (Wade 1995, Wills 1998, Múnera 2005).

Para mediados del siglo XIX los intelectuales y políticos colombianos tenían una idea bien distinta del principio de nación y por ende del pueblo.² Amparados en las teorías ambientalistas, pensadores como José María Samper (1828-1888) idearon un panorama en el que la *nación* era un proyecto a realizar a partir de una severa *campaña civilizatoria* fundada en la ley positiva y la ciencia, en el que se evalúa la situación colombiana e hispanoamericana a partir de una comparación con las condiciones de vida que poseían los países europeos, mostrando una representación

alegórica de esas sociedades en las que los avances del pensamiento liberal había acabado con los males dejados por las monarquías: las estancas jerarquías sociales y el atraso intelectual de los pueblos. Fue por esta razón que Samper promulgaba para Colombia la consigna de Tocqueville de *civilización o barbarie*.³

El panorama descrito por Samper en su célebre *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas* (París, 1861), se representa a la nación como un ente atrasado, inculto, incivilizado e improductivo – pero con grandes potencialidades para ser explotado a través de la ciencia y la técnica –, todo a consecuencia de la nefasta influencia dejada por la tradición latina española, la cual era odiosamente comparada con la tradición pragmática anglosajona, productora de las que para él eran las mayores creaciones humanas del momento: el *industrialismo* y el *pensamiento liberal* (Jaramillo-Uribe 1995).

Para Samper el orden social colombiano era producto de una graduación socio-racial establecida por los distintos pisos térmicos o climáticos que imponía la exuberante e inaprovechada geografía colombiana, según el cual los grupos humanos establecidos en las tierras más bajas – las que imperaba el calor extremo y el ambiente tropical o selvático cuyos habitantes se caracterizaron por el oscuro color de su piel (indios y negros) – se iba ‘mejorando’ en la medida en que se ascendía en la topografía nacional, pasando a las tierras medias de los valles interandinos en donde habitaban los mestizos, hasta llegar a las ‘blancas’ tierras altas, en donde la elite bogotana y antioqueña exponían el mayor referente civilizatorio (Langebeak 2007).

Una década más adelante Miguel Antonio Caro (1843-1909) sería el mejor exponente de la vertiente tradicionalista, la cual irradiaría sus influjos de forma permanente en la cultura política colombiana. El pensamiento de Caro – formado desde su infancia por jesuitas españoles – ilustra una abierta intolerancia hacia las propuestas ideológicas que reinaron en el proyecto liberal anterior. Para Caro, el ser humano no contaba con la suficiencia para decidir acertadamente cual debería ser el orden de su vida, en otras palabras, era una entidad débil que se guiaba por los instintos, por los influjos de la tentación. Por esto, el Estado, a través de la instrucción pública, tenía la obligación de realizar y ayudar a la ‘buena’ formación de individuos, lo cual debía darse en concordancia con la razón. Sin embargo, para este pensador y filólogo la razón no la daba el conocimiento – la lógica o las ciencias –, sino que la daba la autoridad. Según el planteamiento de Caro en un discurso titulado *Autoridad es razón* (1871), el Estado debía ejercer la autoridad sobre el individuo, siendo la autoridad un axioma de la razón que le debía imprimir la religión católica al funcionamiento de la estructura estatal (Rubiano 2003).

Pero sus ideas iban más allá. Según un discurso pronunciado en 1886, el catolicismo no sólo era una expresión de la religiosidad de los colombianos, también tenía un componente político fundamental pues desde su óptica el catolicismo era ‘...la religión de Colombia, no sólo porque los colombianos la profesan, sino por ser una religión benemérita de la patria y elemento histórico de *la nacionalidad*’ (Caro 1972, 1044. El subrayado es nuestro).

A través de los primeros ensayos y discursos de Caro el proyecto civilizatorio de la *Regeneración* (1886-1902) comenzaba a dar sus primeros pasos, pero esta empresa política comenzaría a caminar erguida cuando el pensamiento del erudito bogotano se hizo constitución. A partir del decreto 594 del 10 de septiembre de 1885 se convocó la conformación del Consejo Nacional de Delegatarios. Para la

formación de esta asamblea fueron citados una serie de distinguidos hombres de la política nacional tales el mismo Miguel Antonio Caro, José María Samper – que se había convertido al catolicismo, al cual se había opuesto en su época de defensor del proyecto laicista liberal –, José Domingo Ospina, Simón Herrera, Carlos Calderón, Benigno Barreto, entre otros. No obstante, con el desarrollo de los debates y debido a las arrolladoras cualidades oratorias y gramaticales de Caro, éste logró hacerse con las riendas del discurso. Resultante de esta convocatoria nacional se construyó el texto preliminar que daría estructura a la Constitución Nacional de 1886, constitución que sería parcialmente modificada cincuenta años después por el gobierno de *Revolución en Marcha* del liberal Alfonso López Pumarejo (1934-1938) y finalmente reemplazada por una nueva en 1991.

De esta manera el gobierno regeneracionista de Rafael Núñez – y de su vicepresidente y luego presidente Miguel Antonio Caro – expidió una nueva constitución en la que la identidad nacional era definida a partir de la triada de *Una sola lengua, una sola raza, un solo Dios*; según la cual la lengua era el castellano, que personajes como Caro y Rufino José Cuervo se encargaban de magnificar a partir de la elaboración de los mejores tratados de gramática española de la época,⁴ evocando con ello la arraigada presencia de la *madre patria* en la mentalidad de los políticos tradicionalistas colombianos; mientras que la raza debería ser la *blanca mestiza* y el dios el *Católico, Apostólico Romano* (Rubiano 2003, Pérez 2007).

Esta triada de factores negaron la intrincada y multifacética diversidad social y humana de Colombia, triada en la que no encajaba la mayoría de los pobladores ubicados en las ‘tierras bajas’, o los denominados *Territorios Nacionales*, correspondientes con las regiones de *La Guajira* al norte, los *Llanos Orientales*, Panamá y el *Chocó* al occidente, la *Amazonía* al sur y el archipiélago caribeño de *San Andrés y Providencia*; lugares que además de abarcar más del 60 por ciento del territorio nacional, estaban poblados por indígenas, negros, mulatos o zambos, en donde posiblemente la raza no era la blanca mestiza, el idioma que se hablaba no era necesariamente el español y en donde se adoraba a un dios (o dioses) distinto del dios católico (Wade 1997, Múnera 2005, Charry 2002).

Bajo estas condiciones, la transición colombiana al siglo XX no podría ser menos que agitada, produciéndose importantes conmociones en el campo intelectual y político. Las tradicionales relaciones de dependencia entre los sectores oligárquicos y los sectores populares que habían caracterizado el paso del siglo XIX comenzaban a hacerse insostenibles debido a la emergencia de nuevos y beligerantes sectores sociales: un campesinado en proceso de proletarianización y un sector obrero que a pesar de ser diverso y fragmentario logró poner en entredicho la legitimidad del régimen político (Palacios 1995 y Bushnell 1996). Estas tensionantes relaciones obligaron a una redefinición en el campo de los partidos políticos, los cuales sufrieron ciertas mutaciones. Este proceso de cambio y diversificación ideológica se dio en medio de un contexto internacional marcado por el inicio de la I Guerra Mundial, el levantamiento bolchevique y de las últimas etapas de la Revolución Mexicana, sucesos que según Hobsbawm (1991) habían acabado con las creencias básicas de estabilidad y equilibrio económico y político que imperaron a nivel mundial durante el siglo XIX.

Colombia no sería ajena a dicho conjunto de cambios. Según el punto de vista de algunos investigadores (Robinson 1976), en los años 20 emergió un grupo de

jóvenes intelectuales ‘sin ninguna ideología’ denominado como el grupo de *Los Nuevos*, grupo que con el paso del tiempo producirían importantes transformaciones en la composición ideológica de los partidos políticos. La formación del grupo de *Los Nuevos* (en las que aparecen figuras muy diversas tales como Felipe Lleras Camargo, su hermano Alberto Lleras Camargo, Jorge Zalamea, Germán Arciniegas, León de Greiff, Juan y Carlos Lozano y Lozano, Silvio Villegas, José Mar y Luis Tejada, entre muchos otros) se inclinó hacia el tratamiento de las problemáticas propias de una sociedad en proceso de modernización, incursionando en debates relacionados con el nacionalismo, el intervencionismo estatal y el socialismo, debates que fueron difundidos en un principio a través de la revista *Universidad* y luego en la revista *Los Nuevos*, la cual le dio nombre y un grado de identificación relativa al grupo (Arias 2007).

Aún así y a pesar de la importancia dada al grupo de *Los Nuevos* y a las innegables transformaciones socioculturales introducidas por los avances tecnológicos de la época, tales como la expansión del transporte férreo, el envío de noticias y mensajes a través del telégrafo y la radio, la instalación del alumbrado eléctrico urbano, la introducción del automóvil y la popularización y masificación de la imprenta; avances que permitieron el florecimiento de un estilo de vida propiamente urbana e intelectual,⁵ cabe aclarar que la generación de *Los Nuevos* fue una generación subyugada a los preceptos construidos por las generaciones de intelectuales y políticos establecidos, es decir, por la camada de personajes que mantenía el control del poder del Estado, cuyo prototipo ideal de intelectual y político seguía siendo el conservador, católico, gramático-letrado, conocedor de las leyes; arquetipo en el cual habían recaído un cúmulo importante de elementos pertenecientes a las tendencias moderadas de los partidos: el Liberal y el Conservador (Urrego 2002).

La generación de *Los Nuevos* pretendió erigirse en medio de un campo político y cultural adverso, en el que sus integrantes no encontraron una identificación ideal con los líderes naturales de los tradicionales partidos políticos, muchos de los cuales aún esperaban la formación de un conato de conflicto para sacar sus empolvadas espadas y hacer la guerra con sus contradictores, tendencias que habían representado el espíritu caudillista del siglo anterior. Es por esto que ésta fue una generación huérfana, que no contó con el apoyo de aliados influyentes; que tuvo que formarse a sí misma y que en medio de dicho proceso se vio dividida y fragmentada, todo a consecuencia de las principales corrientes ideológicas que comenzaban a instituirse como las principales doctrinas políticas a nivel mundial, las cuales se resumían claramente entre las tendencias *pro status quo* y las *revolucionarias* (Loaiza 2009).

Tales tendencias opuestas y contradictorias, pero complementarias a la hora de construir su propia identidad a través de la oposición con el otro, hicieron que para finales de los años 20 el grupo de *Los Nuevos* se dividiera, ubicándose en los extremos del espectro ideológico, es decir, entre la derecha y la izquierda, bandos que para aquel entonces estarían representados por las facciones de izquierda del Partido Liberal y los socialistas, de un lado; y el grupo de *Los Leopardos*, representante de las facciones más intransigentes y conservadoras del Partido Conservador, por el otro. Este conjunto de contradicciones en la formación del campo intelectual que caracterizó a esta joven generación, demuestran que, a pesar de sus ingentes esfuerzos, este grupo de intelectuales no logró independizarse del torbellino centrípe-

to creado por los intelectuales y políticos adscritos a los tradicionales partidos políticos (Lleras 2007).

Es por ellos que podemos afirmar que no fue esta clase de intelectuales y políticos la encargada de producir una nueva figuración sobre la identidad nacional. En realidad sería otro tipo de *intelectuales* el que se encargaría de introducir un nuevo imaginario que, sin abarcarla por completo, logró ocupar un espacio importante de la vida intelectual de la época, creando los principales referentes de identificación que las élites harían del *pueblo*; imaginario a través del cual fueron reforzadas las formas de dominación que los grupos sociales *establecidos* hacían de los grupos subalternos o *marginados*,⁶ formas de representación que abordaremos a continuación.

Eugenesia y nación en Colombia.

Haciendo uso de un discurso científicista, apoyado en los avances de la Biología, la Medicina, la Psiquiatría y la Psicología Social, diferentes representantes de la vida intelectual del país se dieron cita para discutir *el estado de la raza en Colombia*, en un congreso llevado a cabo en 1920 en las instalaciones del Teatro Municipal de Bogotá, evento que fue convocado por la Asamblea de Estudiantes. Como coordinador del debate se encontraba el psicólogo social Luis López de Mesa, quien se dio a la tarea de invitar como principal orador a Miguel Jiménez López, un médico psiquiatra de amplio reconocimiento intelectual y científico. Además de estos, se encontraban otros importantes representantes de las ciencias y la cultura, tales como el fisiólogo Calixto Torres Umaña, el médico higienista Jorge Bejarano y el pedagogo Simón Araujo.

Las memorias de este evento fueron compiladas por López de Mesa en el libro *Los problemas de la raza en Colombia* (1920), texto que contó con la introducción de la conferencia *Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y en los países similares*, dada por Jiménez López en el Tercer Congreso Médico colombiano celebrado en la ciudad de Cartagena en enero de 1918.

Como bien lo han anotado Pedraza (1997) y Restrepo (2007), la influencia de López de Mesa y de Jiménez López en el desarrollo de la vida intelectual del país fue mucho mayor que la del resto de invitados. Jiménez López ocupó una amplia diversidad de cargos públicos, tales como el Ministerio de Educación en 1922, Representante a la Cámara y Senador de la República. Durante algunos meses fue presidente del Directorio Nacional del Partido Conservador y representante por Colombia ante las Naciones Unidas en el gobierno del conservador pro falangista Laureano Gómez (1950-1953). Por su parte López de Mesa es caracterizado por Restrepo como ‘una de las figuras intelectuales y políticas más visibles de la primera mitad del siglo XX’ (Restrepo 2007, 47) y al igual que Jiménez López ocupó distintos cargos públicos tales como el Ministerio de Educación durante el primer gobierno del liberal Alfonso López Pumarejo (1934-1938) y el de Relaciones Exteriores. También fue Representante a la Cámara y se desempeñó como catedrático universitario.

El reconocimiento académico obtenido por este par de científicos e intelectuales frente al resto de los convocados en 1920, se debía a que sus estudios eran avalados por circuitos científicos internacionales, tal y como lo hacía el *Bulletin de l'Amérique Latine*, editorial adscrita a Facultad de Ciencias de la Universidad de

Sorbona, cuyas directrices afirmaban: ‘Nosotros, que tenemos ante el espíritu el porvenir de la Latinidad, que está destinada a engrandecerse sin cesar en la América Meridional, no podemos pasar en silencio estudios como el del Dr. Jiménez López. Esas páginas traen a nuestra mente los libros sinceros de Zumeta, de Arguedas, de Ortiz y Mendieta’ (citado en López de Mesa 1920, 5).

En la conferencia introductoria al libro Jiménez López expresa con claridad su diagnóstico del problema, en sus palabras: ‘Sabido, como es, que los países latinoamericanos la mayor parte de la población, al menos en las regiones centrales, es un producto del cruce entre los colonizadores españoles y las razas aborígenes, cabe preguntar: ¿Ha sido esto lo que se llama en biología un cruzamiento feliz desde el punto de vista de los atributos psíquicos? Todo induce a contestar por la negativa, dados los caracteres originarios de las razas progenitoras’ (Jiménez 1920, 4).

Del veredicto inicial de Jiménez López se deduce que el cruce entre de grupos humanos producido a raíz del descubrimiento y colonización del nuevo mundo, resultó siendo un experimento fallido en lo que tiene que ver con la composición tanto fisiológica como moral del pueblo colombiano, situación que habían conducido a su vez a una precariedad a nivel psíquico o colectivo. De esta manera el argumento general de la conferencia expone los postulados centrales que guiaron las disquisiciones del resto de conferencistas, no necesariamente porque éstos se identificaran con los postulados de éste, sino porque tal planteamiento sirvió como referente para organizar el desarrollo del debate y las críticas posteriores, hechas, principalmente, por el grupo de intelectuales de origen liberal que fueron citados a este encuentro (Bejarano, Umaña y Araujo).

El argumento de Jiménez era sencillo: una serie de elementos degenerativos a nivel físico, que se hacían evidentes en el bajo peso, la reducida talla, el amorfo índice craneoencefálico, las anomalías en la cavidad bucal, así como las anomalías a nivel de los órganos internos; conducían a un rendimiento deficiente de las personas, caracterizado en la fatiga para el trabajo, la baja nupcialidad, la baja natalidad, la alta mortalidad infantil y el corto ciclo vital y productivo del adulto. Según el reconocido médico tales dolencias inducían a un conjunto de signos patológicos que eran frecuentes en la población, tales como el artritismo, síndromes poliglandulares como las insuficiencias y perturbaciones endocrinas, una marcada profusión al cáncer, a la tuberculosis y la lepra, así como la mala absorción de los nutrientes y la escasa eliminación de urea. No obstante, lo paradójico en el planteamiento de Jiménez López era que de un tipo determinado de dolencias y deficiencias físicas se saltaba, *mutatis mutantis*, a un conjunto de problemas en la composición psíquica y moral del pueblo. En sus propias palabras:

Hay en todas las manifestaciones de nuestra vida colectiva infinidad de caracteres psíquicos que denotan un estado social patológico: la impaciencia infantil de nuestras actividades; la emotividad que se transmite prontamente de lo alto a lo bajo de las esferas sociales y que implica una sugestibilidad extrema de las masas; la tendencia de la mayor parte de las agrupaciones a buscar sin reflexión la solución extrema y violenta de toda clase de situaciones, lo que denuncia un fondo común de impulsividad; lo cambios bruscos de opiniones y de actitudes con respecto a hechos y a hombres que en el fondo han quedado los mismos, signo este de inestabilidad mental.... Tales caracteres francamente morbosos de

la raza se han traducido en nuestra historia por una serie de agitaciones y de mudanzas que nos han acreditado como uno de los pueblos más inestables del universo (Jiménez 1920, 24 y 26).

Todo este conjunto de cosas descompuestas presentadas por Jiménez López inducían al ‘incremento de la criminalidad y de la locura en nuestro país’ siendo claro que ‘...que la mayor parte de estas psicosis son formas que evolucionan rápidamente hacia la demencia, estado que predomina en fuerte proporción en los manicomios y que indica disolución precoz y definitiva de los altos centros cerebrales’ (Jiménez 1920, 29).

Las soluciones al problema eran claras y fáciles de implementar. Por una parte consideraba primordial el *refrescamiento de la sangre*, consistente en introducir en la población elementos blancos y robustos provenientes de Europa, que con sus genes ayudaran a mejorar las condiciones físicas del pueblo; la introducción de clases educación física en escuelas y colegios, la implementación de estrictas políticas de higienización de la población y lo que se denominó como la *campaña antialcohólica*, consistente en erradicar ‘el mortífero brebaje de la chica, que hace sus víctimas en los departamentos centrales’ (Jiménez 1920, 33), todo lo cual debería estar acompañado por la erradicación de determinadas enfermedades infectocontagiosas tales como la sífilis y la tuberculosis.

Por su parte, el planteamiento de López de Mesa, a pesar de que es distinto al de Jiménez López, no dista mucho del argumento general expuesto por éste, quien era considerado como la principal eminencia en el tema. Para López de Mesa la diversidad y complejidad geográfica y ambiental de Colombia, habían propiciado una complicada apropiación del medio ambiente por parte del hombre, producto del cual se habían entremezclado los diferentes componentes étnico-raciales de forma tal que habían producido un orden diferencial y jerárquico a nivel regional. En palabras del propio López de Mesa:

En tan vasto territorio y tan variados climas vegetan no menos variados grupos de población: blancos, indios y mestizos en esta Cordillera oriental, mulatos, blancos y negros en la Central y Occidental, con pequeños grupos aborígenes, así como en los litorales y hoyas hidrográficas de nuestros grandes ríos, aunque más cargados de color ciertamente. Pero los troncos étnicos de aquellos grupos no son uniformes a su vez: Antioquia y Bogotá recibieron inmigración ibérica de diferentes regiones de España: fueron allá pobladores del norte de la Península, sobre todo vascos, que quizás alcanzaron a suministrar un treinta por ciento de los conquistadores y colonizadores; vinieron acá andaluces y castellanos, como a Popayán y Santander, Cartagena y Santa Marta, etc. (López de Mesa 1920, 85).

No obstante, el argumento de López de Mesa sugería la existencia de una relación estrecha entre la ‘sangre y la zona’, lo que se traducía en la existencia de una relación evidente entre los componentes morfológicos y fisiológicos que componían a un grupo humano y la región o zona a la que éste pertenecía. Siguiendo el planteamiento de López de Mesa, las diferentes categorías socioraciales que componían al pueblo colombiano podían ser organizadas en dos grandes grupos, uno que iba ‘de los tres mil a mil quinientos metros de altura’ y otro que iba ‘de los mil quinientos

hasta el nivel del mar'. Para el experto 'La primera porción ha sido el refugio de la sangre española en las dos cordilleras oriental y central de nuestros Andes', siendo los departamentos de la región andina (como Cundinamarca, Boyacá, Santander, Caldas y Antioquia) los mayores beneficiados en dicho proceso. Contrario a ello: 'Las poblaciones blancas situadas más debajo de estos niveles han sufrido grave merma, y unas han degenerado, otras emigrado en lento éxodo de familias, y no pocas estancaron el crecimiento de su población' (López de Mesa 1920, 86-87).

Aún así es útil reseñar que López de Mesa advirtió que el grueso de la población que habitaba las altiplanicies de la región andina no era blanca de ancestro español, a pesar de que en estas regiones era donde ésta se había asentado y adaptado 'mejor'. En realidad, la mayoría de la población de estas regiones estaba compuesta por *mestizos* con una marcada herencia rural-indígena, descritos como 'seres de baja estatura y ancho perímetro torácico que compensa las condiciones de la altura. En el examen de conscriptos que verifiqué durante varios años, pude darme cuenta muy aproximada de esta raza aborigen ligeramente teñida de español' (López de Mesa 1920, 89), situación que hacía que estos fuesen rechazados por él cuando se desempeñaba como médico de las fuerzas armadas.

A partir de este diagnóstico, López de Mesa argüía que las insanas mezclas socioraciales y el deficiente estado fisiológico y morfológico de la población colombiana, daban como producto un conjunto de patologías comunes tales como la tuberculosis, la disentería, la viruela, el reumatismo, que atacaba a las coyunturas y los músculos, así como a las arterias y el funcionamiento adecuado del corazón y los riñones, y el deficiente funcionamiento de las glándulas internas; conjunto de patologías que terminaban afectando al sistema nervioso, el cual 'tórnese irritable y apoca la capacidad memorativa (sic), la voluntad y el juicio. Surgen la pereza de acción y el abuso del chiste, que cuando es malévolo indica irritabilidad y cuando es, como entre nosotros, replica en juego de palabras, pura desidia mental' (López de Mesa 1920, 90).

No obstante para el médico y psicólogo la principal dolencia que afectaba al pueblo colombiano, en especial al de las altiplanicies andinas, en donde se concentraba cerca del 70 por ciento del total de la población colombiana de la época, era la alterada presión arterial, resultado del hipertiroidismo o del distiroidismo: '...factor patogenético y las dispepsias – que por otros caminos se le hermanan y asocian – produce con frecuencia el síndrome llamado neurastenia, que con el chocante recorte de *neura* se conoce ahora entre nosotros, y quién sabe si acompañado de otras deficiencias glandulares produce también la nombrada psicastenia y la misteriosa y frecuente demencia precoz' (López de Mesa 1920, 91).

Pero su análisis no se quedaba allí. Haciendo uso de las pruebas Yerbe-Bridges-Hardwick y las Terman, pruebas psicotécnicas de moda en la época para medir los niveles de inteligencia de los individuos, el controvertido médico y psicólogo llegó a afirmar que:

El indígena presentó un exceso de malicia defensiva, el latino (blanco) un exceso de imaginación, un poco incongruente. Las capacidades mentales del indígena eran más bajas, pero más armónicas con respecto a su propio nivel; el blanco presentaba altibajos desconcertantes. La moral del indio era utilitarista, de base

económica; la moral del latino tenía arranques de ambición y romanticismo (López de Mesa 1920, 92).

Aún así, la importancia de tal diagnóstico es que develaba un factor político importante y central dentro de todo el argumento, lo cual diferencia y complejiza aún más este planteamiento frente al de Jiménez López, quien no hizo alusión alguna a la cuestión política. Por el contrario para López de Mesa tales diferenciaciones de orden fisiológico y moral se reflejaban en una compleja forma de estructuramiento de las jerarquías sociales, a partir de las cuales se iría develando la imagen que este personaje tenía del pueblo. En sus palabras:

Dominaba mejor sus emociones y ocultaba más su pensamiento el indio, dejábase arrebatar el blanco y perdía con frecuencia el control de las consecuencias lejanas. Más afectivo y cariñoso hízoseme (sic) éste, laxos parecíéronme (sic) los sentimientos familiares del primero, y cruel por insensibilidad a veces. Dentro de un concepto social el uno pudiera dar la energía primera y el otro continuar la acción. Dentro de un concepto político el aprovechamiento de estas dos fuerzas es sobre manera diferente. En las clases cultivadas perdurarán las direcciones fundamentales de estas dos psicologías. El indio ofrecerá mejores disposiciones para la agricultura, la milicia, la política y la abogacía; y será el blanco más generoso e industrial, más ambicioso y revolucionario (López de Mesa 1920, 92-93).

Tales diferenciaciones entre *blanco* e *indio-mestizo* se acentuaban aún más en la medida en que se iba diferenciando a la población entre la ‘clase cultivada’ y el ‘pueblo bajo’, deducción para la cual fueron aplicadas las pruebas de lenguaje y comprensión según las cuales la capacidad de una persona con un grado de bachiller estaba alrededor del 70 por ciento de conocimientos, la de un profesional o persona erudita entre el 80 y 90 por ciento, mientras que la del ‘...mozalbeta de nuestro pueblo bajo es, como la de labriegos, sirvientes, obreros, etc., de treinta a cuarenta, término medio de treinta y cinco; el de los obreros más aventajados que son maestros de obra y artesanos de holgura relativa es de cuarenta y cinco’. Todo lo cual hacía que ‘...la raza india quédase (sic) un poco por debajo de la blanca en colegios y universidades, y que son excepción más bien aquellos ejemplares de indio que han culminado en la ciencia colombiana’ (López de Mesa 1920, 95).

Recientemente el antropólogo Eduardo Restrepo (2007) ha argüido que en estos intelectuales la noción de ‘raza’ es una categoría que designa múltiples cosas, grupos humanos y personas; que se trata de un concepto intercambiable y polifacético (Restrepo 2007, 53-54), no obstante, es necesario atender al hecho de que por encima de tal polifonía, en estos autores la noción de raza tiene un referente asociativo bien definido con el pueblo y la nación. No en vano afirmaba López de Mesa en la presentación de las conferencias, que:

...se me ocurre que viene acaeciendo ahora con esto del porvenir de las razas, si de tal modo podemos mentar a los aglomerados étnicos que con este o aquel nombre nacional existen en varios lugares, ya de Europa, ya de nuestra América. Porque en todas partes va apareciendo uno como examen de conciencia nacional, que busca hacer el balance del paso por ver de hallar las posibilidades del futuro (López de Mesa 1920, VI).

Como hemos indicado ya, la posición de Jiménez López y de López de Meza no era unitaria entre ellos ni en relación con la del resto de conferencistas,⁷ puesto que Bejarano, Umaña y Araujo consideraron que los planteamientos de éstos estaban preñados de valoraciones subjetivas y de errores de escala y medición, afirmando categóricamente que el problema no era estrictamente de orden fisiológico sino nutricional, material y cultural, por lo cual propugnaban la urgente introducción de nuevas políticas sociales y educativas.⁸ Precisamente, en el inicio de la quinta conferencia decía Bejarano – citando a Alfonso Castro, un reconocido exponente de las teorías melioristas – que: ‘No estamos perdidos, ni mucho menos. Nuestra raza apenas ha empezado a formarse; de suerte que le falta por cumplir gran parte de su evolución’ (Bejarano 1920, 187). Aún así y como se demuestra en el siguiente aparte de su libro *Degeneración Colombiana* (1920), a pesar de que no compartía los postulados eugenésicos Castro no era del todo contrario a tal conjunto de medidas. En sus propias palabras:

El cruce de las razas – y hoy todas son cruzadas, excepto algunas tribus que moran en el centro de África – no se efectúa con la simplicidad del cruce del ganado o de los perros. Es cuestión ardua que no está en manos de los gobiernos, ni aún siquiera en manos de la raza que claman por la mezcla de sangre. *No basta formular leyes o deseos para que se efectúe; es necesario atender a múltiples factores*, entre los cuales ocupa el primer término, de una parte, el aumento de las capacidades para la vida que ofrezca el territorio solicitante de la inmigración, y de otra, necesidades no satisfechas en el propio suelo del pueblo emigrante (Castro 1920, 89. El énfasis es mío).

Conclusiones

Como lo ha evidenciado Frank Dikötter (1998), entre la I y la II guerras mundiales el pensamiento eugenésico vivió de un amplio reconocimiento y difusión, no sólo en Europa y Norteamérica, sino que vio florecer algunas versiones locales en muchos países no occidentales tales como la China, la India y el Japón.

En Colombia no sólo fueron Jiménez López y López de Mesa los únicos representantes del pensamiento eugenésico, el cual contó con un importante número de defensores -seguidores de las teorías sobre el crimen de Lombroso-, tales como Martín Camacho (médico), Felipe Paz (abogado) y Julián Caballero (abogado), entre otros; quienes venían produciendo una serie de análisis al respecto desde mediados de la década de 1910 (Castro-Gómez 2007).

Es por ello que podemos afirmar que a pesar de las posibles discrepancias existentes en este grupo de expertos colombianos en relación a las definiciones y usos dados al concepto de *raza*, los efectos *no planeados* (Elias 1998b) del discurso eugenésico fueron mucho mayores que lo imaginado por sus contradictores, esto si se evalúa la repercusión e influencia que tal discurso ejercería en algunos *hombres de política*, así como en la implementación de determinadas políticas públicas, dirigidas desde los ministerios de Higiene y Educación.

Ocho años después (1928), en el mismo recinto en el que habían intervenido Jiménez López, López de Mesa, Bejarano y demás; Laureano Gómez (1889-1965) fue invitado a dar una conferencia titulada *Interrogantes sobre el progreso en Co-*

lombia, en la cual el influyente político conservador pro falangista y presidente de Colombia entre 1950 y 1953, afirmó que la raza colombiana adolecía aún de una fuerte presencia negra e indígena, herencias que se constituían en la principal tara para el progreso de la nación. Siguiendo las afirmaciones de Gómez: ‘El espíritu del negro, rudimentario e informe, como que permanece en una perpetua infantilidad. La bruma de una eterna ilusión lo envuelve y el prodigioso don de mentir es la manifestación de esa falsa imagen de cosas, de la ofuscación que le produce el espectáculo del mundo, del terror de hallarse abandonado y disminuido en el concierto humano’ (Gómez 1970, 46); mientras que el componente indígena era concebido como el ‘segundo de los elementos bárbaros de nuestra civilización [el cual]...ha trasmitido a sus descendientes el pavor de su vencimiento. En el rencor de la derrota parece haberse refugiado en el disimulo taciturno y la cazurrería insincera y maliciosa. Afecta una completa indiferencia por las palpitaciones de la vida nacional, parece resignada a la miseria y a la insignificancia’ (Gómez 1970, 46-47).

Las observaciones hechas por Laureano Gómez hacia el final de la década de 1920 en relación al estado del pueblo colombiano, nos permiten hacernos una idea clara de la forma en cómo un discurso de corte científicista fue travestido y utilizado estratégicamente como herramienta de control político, puesto que para este ilustre personaje de la historia política colombiana, debería ser una clase social *superior e inteligente* la encargada de darle un norte a la nación (Gómez 1970, 49), situación que acerca la situación vivida por Colombia a lo presentado por Nancy Stepan (1998) para el Brasil.

Es por ello que los futuros estudios sobre la evolución y las repercusiones del pensamiento eugenésico en América Latina, deberán evaluar las diferentes *estructuras de oportunidad* (Collins 2005) existentes en cada país, que dieron pie a la configuración de tendencias moderadas – producto de la alta homogeneidad social y racial, tal y como ocurrió en algunos países del cono sur –, frente a aquellas más radicales, en las que el *estigma* pudo haber jugado un rol más prolongado y subvertido, a raíz de la alta diferenciación étnica, racial y cultural de la población.

* * *

Carlos Andrés Charry Joya: Antropólogo – Historiador. Magister en Sociología. Candidato a Doctor en Sociología por la Universitat de Barcelona. Investigador adjunto del *Grup d'Investigació sobre el conflicte i el canvi Social* (ICCS) de la Universitat de Barcelona. Profesor del Departamento de Sociología de la Universidad de Antioquia (Medellín, Colombia). Este artículo es un avance de la tesis de doctorado que adelanta el autor con el apoyo del Programa de Becas ALβAN de la UE. <ca_charry@yahoo.com>

Notas

1. ‘De tal manera, la lealtad a la nación se ha ido desplazando de la *nación española* a la *americana* y de ésta a la *nación mexicana, peruana o boliviana*. Ello no implica que esas *naciones* estuvieran ya configuradas en el imaginario colectivo – proceso de largo plazo que no tomaría formas más o me-

nos definitivas hasta las últimas décadas del siglo XIX –, pero que pone de manifiesto la fuerza de una voluntad consensuada que acabaría por imponer la singularización [homogenización]’ (Quijada 2003, 297).

2. En palabras de Julio Arias: ‘La elite nacional se definió a sí misma en torno a la idea de linaje. Una idea que era propia de la sociedad que ha sido llamada estamental, de los siglos XVII y XVIII, como determinante de status y honor en los miembros de las capas altas. En el siglo XIX, la idea de linaje era recurrente para señalar la pertenencia al grupo de dominio de lo nacional.... El linaje señalaba también el origen de los individuos en una de las buenas y distinguidas familias que con sus crianzas y enseñanzas transmitían valores a sus miembros. Aunque desde esta visión el linaje no trasmítia directa o incuestionablemente unos valores, la insistencia en el origen racial y social fijaba y naturalizaba la pertenencia exclusiva de unos pocos al linaje de la elite nacional. Paralelo al de linaje, el término de castas seguía siendo ampliamente utilizado como su equivalente, para referirse al origen negro o indio, como ocurría en el siglo XVIII. Este énfasis en el linaje es evidente en la insistencia paralela a la sangre o pureza-limpieza de la sangre’ (Arias J 2007, 24-25).
3. José María Samper perteneció a una generación (entre los que se cuenten figuras tales como Rafael Núñez, Carlos Holguín y Miguel Antonio Caro, entre otros) de colombianos que nacieron después de las batallas de la independencia, lo cual les permitió mantener cierta distancia respecto de la influencia dejada en la cultura política por Bolívar y Santander. Vivió en París, Liverpool y Londres, y viajó por diferentes países del continente europeo entre 1858 y 1862, recorriendo España, Italia, Suiza, Alemania y Bélgica gracias a su cargo como representante diplomático del gobierno colombiano y de las funciones de reportería que ejerció para el periódico *El Comercio* de Lima (Martínez 1995). Tal experiencia le permitió tener contacto directo con la intelectualidad europea y norteamericana, por lo cual se insiste en el hecho de que la influencia de la frase de *civilización o barbarie* en Samper está relacionada con el pensamiento de Tocqueville y no de la de otros pensadores latinoamericanos de la época (como por ejemplo Sarmiento) que también la utilizaron, con los cuales Samper tenía un cierto grado de distanciamiento producto de su desconocimiento.
4. Para el historiador británico Malcom Deas: ‘La gramática, el dominio de las leyes y de los misterios de la lengua, era componente muy importante de la hegemonía conservadora que duró de 1885 hasta 1930, y cuyos efectos persistieron hasta tiempos muchos más recientes’ y agrega que: ‘El dominio del idioma llegó a ser, y lo fue durante mucho tiempo, elemento de poder político. Núñez se sirvió de él, como Caro y como Marco Fidel Suárez’ (Deas 1997, 28).
5. Para una referencia sociológica acerca de la relación entre vida urbana y el desarrollo de la individualidad, consúltese: Simmel 2001.
6. Para una ampliación sobre las relaciones entre *establecidos* y *marginados*, consúltese: Elias 1998.
7. Sin embargo es de aclarar que: ‘A pesar de que los demás conferencistas no compartieron la visión de una raza degenerada, propuesta por Jiménez López, el debate se llevó a cabo justo en los términos en que él propuso: la “medicalización” del debate racial a través del consenso de medidas como la higiene, la educación, la lucha antialcohólica y antivenérea’ (Villegas 2005, 215).
8. Para una ampliación consúltese las intervenciones quinta, sexta y séptima del mismo volumen. La quinta y sexta estuvieron cargo del médico higienista Jorge Bejarano, la última por el pedagogo Simón Araujo.

Bibliografía

- Altamirano, Carlos; y Jorge Myers (eds) (2008) *Historia de los intelectuales en América Latina*. Buenos Aires: Katz.
- Anderson, Benedict (1997) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Annino, Antonio; y François Guerra (cords.) (2003) *Inventando la nación. Iberoamérica siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Annino, Antonio (2003) ‘Soberanías en lucha’. En: Antonio Annino y François Guerra (cords) *Inventando la nación. Iberoamérica siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Arias, Julio (2007) *Nación y diferenciación en el siglo XIX colombiano. Orden social, racialismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá: Universidad de Los Andes.
- Arias, Ricardo (2007) *Los Leopardos. Una historia intelectual de los años 1920*. Bogotá: Universidad de Los Andes.
- Basilien-Gainche, Marie (2008) 'La constitucionalidad de contienda: la promoción jurídica de la guerra civil en la Colombia del siglo XIX', *Revista Historia Crítica* # 35. Bogotá: Universidad de Los Andes.
- Bejarano, Jorge (1920) 'Quinta y Sexta conferencias'. En: Luis López de Mesa (ed.) *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: Biblioteca de la Cultura.
- Bonilla, Heraclio (2001) '¿Cómo España controló y perdió al Mundo?' *Revista de Estudios Sociales*, 20. Bogotá: Universidad de Los Andes.
- Bushnell, David (1996) *Colombia: una nación a pesar de sí misma*. Bogotá: Planeta Editores.
- Cancino, Hugo (2004) *Los intelectuales latinoamericanos entre la modernidad y la tradición. Siglos XIX y XX*. Madrid: Ediciones Iberoamericana.
- Castro, Alfonso (1920) *Degeneración colombiana*. Medellín: Litografía e Imprenta J.L. Arango.
- Castro-Gómez, Santiago (2007) '¿Disciplinar o poblar? La intelectualidad colombiana frente a la biopolítica (1904-1934)'. *Revista Nómadas*, 26. Bogotá. Universidad Central.
- Castro-Klarén Sara; y John Chastenn (2003) *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*. Washington: John Hopkins University Press.
- Caro, Miguel (1972) *Obras*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Charry, Carlos (2002) 'En el trasfondo de la colombianización. El archipiélago de San Andrés visto por funcionarios públicos del Estados colombiano', *Revista Sociedad y Economía*, 2. Cali: Universidad del Valle.
- Collins, Randall (2005) *Sociología de las filosofías. Una teoría global del cambio intelectual*. Barcelona: Hacer.
- Deas, Malcom (1993) *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre Historia, Política y Literatura colombianas*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Dikötter, Frank (1998) 'Race Culture: Recent Perspectives on the History of Eugenics', *The American Historical Review*, Vol. 103, 2.
- Elias, Norbert (1998) 'Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados'. En: Vera Weiler (comp.) *La civilización de los padres y otros ensayos*. Bogotá: Norma.
- (1998b) 'Hacia una teoría de los procesos sociales'. En: Vera Weiler (comp.) *La civilización de los padres y otros ensayos*. Bogotá: Norma.
- Gómez, Laureano (1970) *Interrogantes sobre el progreso en Colombia*. Bogotá: Editorial Revista Colombiana.
- Góngora, Mario (2003) *Historia de las ideas en América Española y otros ensayos*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Guerra, François (2003a) 'Forms of communication, political spaces, and cultural identities in the creation of Spanish American nations'. En: Sara Castro-Klarén y John Chastenn (eds) *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*. Washington: John Hopkins University Press.
- (2003b) 'Las mutaciones de la identidad en la América hispánica'. En: Antonio Annino y François Guerra (cords.) *Inventando la nación. Iberoamérica siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica
- Harwich, Nikita (2003) 'La historia patria'. En: Antonio Annino y François Guerra (cords.) *Inventando la nación. Iberoamérica siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hobsbawn, Eric (1991) *Historia del Siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Jaramillo Uribe, Jaime (1995) *El pensamiento colombiano del siglo XIX*. Bogotá: Planeta Editores.
- Jiménez López, Miguel (1920) 'Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y en los países similares'. En: Luis López de Mesa (ed.) *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: Biblioteca de la Cultura.
- Langebaek, Carl (2007) 'La obra de José María Samper vista por Éliose Reclus', *Revista de Estudios Sociales*, 27. Bogotá: Universidad de Los Andes.
- Lasarte, Javier (2008) 'República sin ciudadanos: historia y barbarie en *Cesarismo democrático*'. En: Carlos Altamirano y Jorge Myers (eds) *Historia de los intelectuales en América Latina*. Buenos Aires: Katz.
- Lleras, Alberto (1997) *Memorias*. Bogotá: El Áncora Editores.

- Loaiza, Gilberto (2009) 'Intelectuales y vida pública a comienzos del siglo XX. Una aproximación a la época intelectual en que se formó Jorge Eliécer Gaitán'. En: César Ayala (ed.) *Mataron a Gaitán: 60 años*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- López de Mesa, Luis (ed.) (1920) *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: Biblioteca de la Cultura.
- Lynch, Jhon (1987) *Hispanoamérica: 1750-1850. Ensayos sobre la sociedad y el Estado*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Martínez, Frédéric (1995) 'En los orígenes del nacionalismo colombiano: europeísmo e ideología nacional en Samper, Núñez y Holguín (1861-1894)', *Boletín cultural y bibliográfico*, 39. Bogotá: Banco de la República.
- Múnera, Alfonso (2005) *Fronteras imaginadas: la construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*. Bogotá: Planeta Editores.
- Moore, David (comp.) (1985) *Historia de América Latina*. Madrid, Alianza.
- Palacios, Marco (1995) *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*. Bogotá: Norma.
- Pedraza, Zandra (1997) 'El debate eugenésico: una visión de la modernidad en Colombia', *Revista de Antropología y Arqueología*, 9. Bogotá: Universidad de Los Andes.
- Pérez, Héspér (2007) 'El nacionalismo católico colombiano: un estilo de pensamiento. (1870-1946)'. En: Jorge González (ed.) *Nación y nacionalismo en América Latina*. Bogotá: CLACSO – Universidad Nacional de Colombia.
- Quijada, Mónica (2003) '¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano'. En: Antonio Annino, y François Guerra (cord.) *Inventando la nación. Iberoamérica siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Restrepo, Eduardo (2007) 'Imágenes del negro y nociones de raza en Colombia a principios del siglo XX', *Revista de Estudios Sociales*, 27. Bogotá: Universidad de Los Andes.
- Robinson, Cordell (1976) *El movimiento gaitanista en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Safford, Frank (2004) 'Bolívar, el estadista triunfante y el demócrata frustrado: los orígenes de la polarización partidista en Colombia', *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 31. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Stepan, Nancy (1991) *The Hour of Eugenics: Race, Gender, and Nation in Latin America*. New York: Cornell University Press
- Rubiano, Rafael (2003) *El intelectual y la política: Miguel Antonio Caro y la Regeneración*. Medellín: Universidad de Antioquia. Maestría en Estudios Políticos, Tesis.
- Simmel, Georg (2001) *El individuo y la libertad*. Barcelona: Península.
- Uribe Uran, Víctor (2000) 'The Birth of a Public Sphere in Latin America during the Age of Revolution', *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 42, 2.
- Urrego, Miguel (2002) *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia. De la guerra de los Mil días a la constitución de 1991*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores – U. Central.
- Wade, Peter (1997) *Gente negra. Nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Bogotá: ICAN.
- Villegas, Álvaro (2005) 'Raza y nación en el pensamiento de Luis López de Mesa: Colombia 1920-1940', *Revista de Estudios Políticos*. Medellín: Universidad de Antioquia, 26.
- Wills, María Emma (1998) 'La convención de 1821 en la Villa del Rosario de Cúcuta. Imaginando un soberano para un nuevo país', *Revista Historia Crítica*, 17. Bogotá: Universidad de Los Andes.